

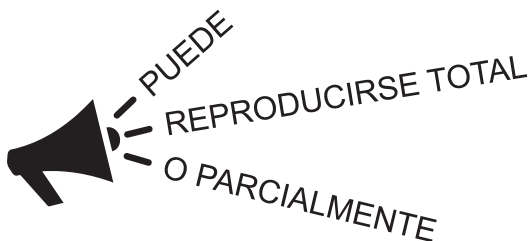
Niñerías de Barrett



La Cumbre (Canelones, Uruguay) Primavera 2020 - Verano 2021

Niñerías de Barrett

Sociedad vs Infancia



Indice

Presentación	07
Niñerías	13
Mi hijo	14
Cartas íntimas	15
Hojitas de parra	17
La madre	19
La patria y la escuela	21
Instrucción primaria	22
La instrucción y la política	24
Exámenes	25
El maestro	27
Los niños	31
La lucha	32
Mañanas que pasarán	33
Los reyes niños	35
La caridad de los niños	38
Nenes patriotas	40
Niños tristes	41
Los niños se mueren	43

Agradecemos la colaboración de:

Niños: Micaela, Camilo y Felipe que nos cedieron sus obras.

María Felicia Viacava que cedió la imagen de la carátula.

Martín Cedrés (panal1111.uy).

Rafael Antonio Barrett Viedma.

Y a todas las personas que apoyaron este empeño
mediante donación, compra o críticas.

Contacto: lacumbrelee@gmail.com

Presentación

Rafael Barrett, escritor de nacimiento, periodista por casualidad y anarquista por convicción y que no tuvo tiempo de tener muchos hijos, apenas uno que casi no conoció y del que se consideraba: “Tu pobre hijito que te quiere”, escribió un montón de crónicas, ensayos, artículos de opinión y aforismos sobre la infancia y su lugar en la sociedad. El niño en su familia, en la iglesia que lo profana, en la escuela: “almacén de signos muertos”, ante la patria que lo reserva como número y le enseña el odio, ante el trabajo que lo abusa. Los publicó en periódicos y revistas del Paraguay, Argentina y Uruguay entre 1904 y 1910. *Niñerías de Barrett* reúne parte de ese legado.

No siempre se trata de la infancia damnificada, en la primera parte la voz de Barrett, que denostó a Dios, al papa, a reyes, políticos e imperios, es meliflua, acariciante y sobre el niño, en este caso su hijo, recae todo el amor y la promesa que merece por ser la promesa mayor. *Los niños* es ruego y reclamo por “la casta flor humana”, pero en general el niño aparece como el perjudicado que es. *Nenes patriotas* los muestra, a los siete años, ya funcionales a odios patrióticos y racistas. En el cuento *El maestro*, aparecen en batalla lúdica, al tiempo que macabra, contra la autoridad y no por osados o inocentes evitaran heridas. En *La madre*, el otro cuento en esta selección, aunque se trata de salvar a un niño, la historia es más trágica aún sin que sepamos para quién lo será más, para la víctima o para el victimario. *Los niños tristes* y *Los niños se mueren* son títulos que por sí mismos constituyen vergüenza y desconcierto. El examen que Barrett hace de la niñez es el que hace de la sociedad, uno sin condescendencias ni falsos mimos y cargado de agobiante y hondo pesimismo que, sin embargo, suele definirse en horizontes de altruista optimismo.

Aunque los niños de hoy crezcan en escenarios tan diferentes y se reconozca que el paso a la adolescencia se está verificando más temprano que antes, o sea, que se está reduciendo el tiempo de ser niño (mientras se alarga el de la vejez), y a pesar del desafío conceptual que implica un siglo de diferencia, creemos en la vigencia de su pensamiento. Como insuperablemente lo dijo Santiago Alba Rico¹, “La actualidad de Barrett es la actualidad del mal que combatió”.

¹ En *La sombra en llamas*, prólogo de *A partir de ahora el combate será libre*. Selección de textos. Santiago Alba Rico. España 2003.

Esta selección no pretende la última palabra respecto a qué tanto le interesaba la infancia al anarquista Rafael Barrett, ni privilegia su destreza literaria o periodística. En algún punto no importa el escritor, él mismo no reclamaría demasiada potestad sobre lo que escribió (ver su artículo *El estilo*). Pero tanto como no importa quién lo dijo sino que sea cierto, es importante que sea Barrett quien revela esos dramas infantiles, pues, este cuadernillo, que tiene a la niñez por protagonista, también es una celebración de su obra y de su personalidad.

En tal propósito celebratorio y ya que su vida y su obra no son tan conocidas como es merecimiento suyo y nuestro, van estos apuntes biográficos. No resultará odioso comenzar con un elogio múltiple. José Enrique Rodó, Augusto Roa Bastos, Pio Baroja, el joven Jorge Luis Borges, Juana de Ibarbourou y tantos otros de quienes se espera riguroso juicio, elogiaron su trabajo. Como una curiosidad de peluquería, añadimos que todo ese valorado aplauso lo logró en apenas siete años de escritura, de los 27 a los 34 cuando murió. Por dato tan puntual no creemos necesidad pensar en Barrett como un Rimbaud del periodismo. Se sabe que algunos prefieren sentarlo al lado de León Tolstoi o de Émil Zola, pero el apunte no impugna estas compañías que él mismo preferiría. Tampoco perjudica *al enfant terrible* ni desmerece a Barrett. Ambos descreyeron de los poderes y de las autoridades, no se resignaron y no obedecieron. Si el poeta odió la honradez de los pobres, el periodista antepuso causas al crimen que cometían. Si el poeta tuvo horror de la patria, el periodista la encontró grotesca y perjudicial.

Español de nacimiento (1876), inglés por la nacionalidad de su padre que era representante comercial de la corona británica, paraguayo por adopción. Su madre descendía del ducado de Alba. Era, pues, hijo de la aristocracia pero contra ella y su voluntad de injusticia escribió, sin parar, durante su corta vida de escritor como si integrara una raza de escritores indignados, insobornables aun por el curso imperioso de la sangre. “¡Pluma mía, no tiembles, clávate hasta el mango! Pero los miserables que ejecuto no tienen sangre en las venas, sino pus y el cirujano se llena de inmundicia”, es el epígrafe de *Lo que son los yerbales paraguayos*, serie de artículos, junio 1908, en los que denunció la esclavitud a que eran sometidos los trabajadores de la yerba mate.

En 1905 llegó al puerto de Buenos Aires, no para “Hacer la América” como un inmigrante más, sino, acaso, como un exiliado moral. Tiene su

² En *Al margen*. Montevideo 1912. Reunión de artículos publicados en la columna de ese mismo nombre que Barrett escribía en *La Razón*.

biografía un episodio rocambolesco ocurrido un año antes y que se menciona como causa de su viaje a Suramérica. Tenía 26 años, Vivía en Madrid como un niño lindo y rico que derrochaba herencia e inteligencia en cafés donde se codeaba con las cumbres de la Generación del 98, estudiaba ingeniería y era un majadero que se imponía por su elegancia, según dijo él mismo. En ese contexto fue difamado como homosexual y, además, desautorizado por un tribunal de honor a defenderse del infundio mediante un duelo, al uso de la época. Un homosexual “no es digno de acudir en ningún caso al terreno del honor a ventilar como caballero las ofensas por él recibidas o por él inferidas”. Barrett recurrió a exámenes médicos y estos reconocieron intacta su virilidad, pero tampoco así el tribunal cedió. Entonces buscó un atajo que condujera inevitablemente al duelo, apaleó públicamente al presidente del tribunal, el duque de Arión. Resultado: varios días de cárcel, defensa cerrada del golpeado duque, pero no el desagravio que buscaba. Logró en cambio publicar su versión y pruebas en *El País*³, acaso su primera intervención en un periódico (antes había publicado, en la revista cultural Contemporánea dos artículos científicos) y se retiró del escenario. Poco después varios periódicos divulgaron la noticia falsa de su suicidio. Hubo rectificaciones y críticas al tribunal pero Rafael Barrett ya no pertenecía a ese mundo. Al año siguiente desembarcó en Buenos Aires.

En América, “hizo la América” en todos los sentidos que abarca la expresión, menos en lo patrimonial. Aquí se casó y echó a correr su sangre y su genio, aquí se hizo “bueno” y además inmortal, pero también hizo, talló, modificó la historia del continente. “Nos enseñó a escribir a los escritores paraguayos”, declaró Augusto Roa Bastos, el primero de ellos y en libros diversos es nombrado como un “pensador que ha marcado pautas al pensamiento latinoamericano en clave de liberación”. Prueba veraz de estos aportes, ya que no se cumplen sin cultivar enemigos (“Hay avispa que pican, ¡ay!, hasta cuando se les socorre” alcanzó a enseñarle a su hijito Alex cuando este todavía creía que las vacas eran personas), es que América lo pico profundamente; cárcel, destierro, pobreza y hasta la enfermedad que le trajo la muerte, la tuberculosis.

Pero América también reconoció su inmortalidad y él lo supo. Aconteció en Montevideo el 6 de setiembre de 1910, último día que pisó tierra americana. Dos meses antes se había publicado en la capital uruguaya su primera colección de artículos periodísticos: *Moralidades actuales*, el único de sus libros

³ Yo y un tribunal de honor. *El País*, Madrid, 27 junio 1902.

que vería publicado y periodistas, escritores, editores y trabajadores lo recibieron como a un héroe literario y social. Ramos de flores, felicitaciones, fotografías, promesas, solicitud de libros que aún no había escrito. Había llegado del Paraguay buscando un barco que lo llevara a Francia donde se trataría el mal que lo aquejaba con los novedosos tratamientos de agua de mar y debió partir esa misma noche, “Mi libro ha tenido un éxito loco... La gloria o algo que se le parece mucho” escribió a su esposa, pero no la disfrutó o sí, cuando la conquistaba y el único aplauso era el suyo —ahora lo hacemos nosotros, si puede decirse así del golpazo en plena conciencia que produce su escritura—, Murió en Francia 98 días después, Su vida intensa pudiera contarse en días más que en años.

110 años después, una noche, en la primavera de 2020, un grupo de lectores fuimos incitados a la acción por el viejo, joven aún Rafael Barrett y este folleto es el acto o la piedra o la lectura, que grano de arena parece muy poco. Lo ponemos en sus manos voluntarioso lector, como una semilla aunque no sabemos de qué. Siembra piedras a los cuatro vientos, nacerán palabras de granito, Barrett lo enseñó.

Canelones, Uruguay, enero 2021

ÉL HA SALIDO A LA VIDA, Y HA EXPLICADO LA VIDA.
HA ABIERTO LOS OJOS, Y HA CREADO LA LUZ.

Rafael Barrett



Niñerías

Mi hijo tiene más de tres años. Es un niño excepcional. Todos los niños de esa edad son excepcionales. Pasan por un máximo de la curva descrita por el hombre. Atraviesan una época breve en que la suma de las prosperidades de la carne y del espíritu es mayor. ¡Flor de la florida infancia! ¡Momento sagrado! El cuerpo, rico aún de líneas redondas y suaves que recuerdan el seno que lo nutrió y la amabilidad de la leche, ha empezado a estirarse, enjuto por el juego. El músculo brota. Las pantorrillas bronceadas se endurecen. El pecho, cuando la agitación de la carrera le hace respirar angustiado, dibuja el sólido círculo de su oculta caja. El cuello adquiere su orgullo de pedestal; la cabeza comienza a sentirse cumbre, y se alza naturalmente hacia el cielo. Los pies se han vuelto ágiles y astutos. Las manos no son ya rollitos de inválida manteca. Saben acariciar y romper, y cada dedo aprende su oficio. La piel ha perdido el rosado excesivo y un poco vulgar de los que lactan todavía. Una sublime palidez, mensajera del corazón, pone su luz en las sienes delicadas. El cabello tibio se ensortija en bucles rebeldes. La boca, delicia húmeda y roja donde ríen, hasta en el llanto, los completos dientecllos, es un vértigo del beso. Los ojos rebosan inocencia, y también deseos innumerables: ojos en que caben ahora las perspectivas de los bosques y de las llanuras: ojos bastante profundos para retratar los mares y las estrellas, ojos en que reposará, mientras viva, la imagen del infinito. Esos ojos claros, sus ojos... ¿qué? ¿Se cerrarán, dicen que se cerrarán?

Y mi hijo canta, grita, corre, torbellino de júbilo, pequeño alud de felicidad. ¿Han calculado los sabios la energía que gasta un niño desde la mañana a la noche? ¿Cómo explican que gastando tanta, crezca y se haga fuerte con tal empuje y rapidez? ¿En qué aritmética estará la solución? ¡Y además, mi hijo es valiente! —es capaz de asomarse a todos los precipicios, como si hubiera conservado sus alas de ángel...—, ¿qué? ¿Se caerá por fin, dicen que se caerá?

¡Oh, nuestros paseos filosóficos! En un charco del jardín se ahoga una avispa. Nos compadecemos de ella. Organizamos el salvamento. La sacamos con un palito. Él quería sacarla sin artefacto alguno.

—¿Por qué el palito? —me pregunta.

—Porque hay avispas que pican, ¡ay!, hasta cuando se les socorre...

A veces nos arriesgamos sobre el camino ancho, el camino que no se acaba nunca. Yo me fatigo mucho antes que él. Y hablamos. Y nos

cruzamos con personas y con animales, con una vaca...

—Papá, esa vaca que viene, ¿“quién” es?

—No lo sé, hijo mío.

Casi siempre tengo que contestar lo mismo: “No sé”. ¿Qué? ¿Dicen que él tampoco sabrá nada, que se irá sin saber nada?...

Una caravana de hormigas nos corta el paso. Hay que respetarlas. Mi hijo, acostumbrado a que las gallinas y los perros menores huyan de él, contempla las hormigas silenciosamente, y después me interroga:

—Papá, ¿por qué no se asustan de mí?

—Porque no te ven, hijo mío. Eres demasiado grande...

¿Se sonríen? ¿Qué habrían respondido ustedes? De esos labios salen enigmas terribles. Salomón consiguió satisfacer a la reina de Saba. Yo dudo que mi hijo se fuera contento. ¡No existe reina que tenga la imaginación de un niño de tres años! Poetas ufanos de su fantasía, ¿pueden jugar tres horas con piedrecitas y cáscaras de nuez? ¿Pueden, como mi hijo, infundir un alma brillante a lo más inerte, oscuro, mutilado, muerto, a una mota de tierra, a un pedazo de trapo? Si les llegara siquiera la imaginación a representarles el alma ajena, el dolor ajeno, hombres cultos, ¿se tratarían unos a otros como máquinas?

Para mi hijo no hay máquinas hasta hoy en el universo. Todo respira, todo es instinto y voluntad. Todo convida o amenaza. Todo es digno de amor o de odio. Así debió ser la aurora del mundo... ¿Qué? ¿Morirá? ¿Dicen que mi hijo morirá?

(Julio 29 de 1910)

Mi hijo

Hace algunas horas que ha nacido; es uno de los seres más jóvenes del universo. Es el más hermoso: su naricilla apenas se ve. Es el más fuerte: temblamos en su presencia, y apenas nos atrevemos a tocarle. Ha nacido y ha llorado; ¡admirable lección, fenómeno extraordinario! Ha bostezado después: ¡inteligencia profunda!

Mama, reuniendo todas sus energías. Ha sabido expresar en un solo gesto los gestos dispersos de la humanidad. Desde que él vino al mundo, el mundo es otro. Un soplo de primavera refresca las cosas, reanima las marchitas flores y renueva el cielo. Él ha salido a la vida, y ha explicado la vida. Ha abierto los ojos, y ha creado la luz.

Ahora comprendo lo que ha resistido a los esfuerzos de los filósofos. He descubierto que los hombres son buenos, que los crímenes más infames no lo son sino en apariencia. Sólo el bien existe. La realidad es buena; la realidad es feliz. El mal y la desesperación no son más que impaciencia. Todo marcha; todo se arreglará. Mi hijo, promesa infinita, duerme; él salvará a los desgraciados. Es el niño Dios: los Reyes Magos contemplan su sagrado sueño.

Una probabilidad virgen ha entrado en la tierra. Yo no soy quien la ha traído, no *somos* quién la ha traído. No existo, no *existimos* desde que él nació. Nació y ya no es nuestro hijo, sino hijos suyos nosotros; discípulos y servidores suyos. Nuestro padre, nuestro maestro. Bajó a decirnos lo que ignoramos, lo que escucharemos religiosamente.

Tomo mi pluma para anunciaros la buena nueva, para hacer el elogio de mi hijo. Podéis reiros, no os oigo. Estoy deslumbrado por el Mesías, y no distingo vuestra indiferencia.

¿Indiferencia?, ¡oh, no! ¿Qué nos queda, qué queda al destino si no viven nuestros hijos, si no son dioses en nuestro corazón y en nuestra mente? Ellos lo son todo, toda la belleza, toda la verdad, toda la esperanza. Por eso estoy seguro de que festejáis conmigo el nacimiento de nuestro hijo, de nuestro querido hijo que duerme.

(Febrero 22 de 1907)

Cartas Íntimas⁴ (fragmentos)

Cuídate mucho, mi cariño, vuestra salud es mi constante inquietud. No te digo que cuides al nene porque sería injuriar tu ternura de madre, más bien te pido que no le cuides demasiado. Hay que dar a sus órganos libertad y juego. ¡Nada de plantas de estufa! Que sea un vigoroso machito, sin temor a lo imprevisto, y dispuesto a todos los ataques. Mándame el último balance de sus dientes. (pg. 57).

⁴ Primera edición. Publicada por Francisca López Maíz de Barrett, su esposa. 1967. Biblioteca Artigas. Colección: Clásicos uruguayos. Disponible en la red.

*

Verte, ver a mi nene! He perdido todos sus ensayos. Cada día, cada minuto de su rápida y encantadora infancia es un tesoro que me roban, que no me lo devolverán nunca. Son peores que la muerte esos agujeros del pasado, donde no hay ni recuerdos. ¿Y el porvenir? ¿Le veré ir a la escuela, con los libros bajo el brazo? ¡Difícil es! (pg. 60).

*

El niño necesita vivir en el campo, correr al aire libre. Respecto a su educación, me estremezco al pensar en las almas insensibles —¿comprendes?— que le rodean. Fío únicamente en la tuya, naturalmente delicada y tierna, y más aún por la maternidad. No es preciso recordarte la profunda influencia que tienen en el porvenir las impresiones a la edad de Alex. No hay que enseñarle nada, hay que hablarle solamente con la sinceridad reflexiva que merece el alma sagrada de un niño. No le mientas nunca, ni en broma; si los demás lo hacen, desautorízalos con dulzura. Evita infundirle o que le infundan terrores; cuando no te sea posible contestarle, cosa que te ocurrirá a menudo, iluminándote sobre tu propia ignorancia, no le presentes, para salir del paso, una solución cualquiera; mejor es callar, y sugerirle los profundos misterios de la vida, tan cerrados para nosotros como para él. Ponle en contacto con el lado poético de las cosas, sin lecciones, sin ese horrible amaestramiento con que se suele degradar la infancia. Sobre todo, muéstrale que los otros niños y los otros hombres sufren, y que nosotros debemos sufrir por ellos y luchar por disminuir el dolor; combate en él todo germen de crueldad y hasta de indiferencia; en fin hábituale a aborrecer la mentira. Ya que él no me conoce, ni quizá me conozca nunca, sino a través de mis escritos y de lo poco que sepa de mi agitada vida, quiero que cifre en ti toda su veneración, quiero que te adore hasta tu última vejez ¡y más salvaguardia será aún tuya que suya! Lo abandono en tu regazo con todo mi amor. Pero no sé por qué te digo estas cosas, que tú adivinas sin duda —¿qué podré enseñar a una madre?— (pg. 86).

*

Para el nene: paseos al aire libre y puro. Pocas excitaciones. Para los desarreglos digestivos: dieta, lavajes moderados de intestino o estómago. Alimentación sana, sin forzar nunca el apetito. No apurarse si adelgaza y crece. Evitar médicos y boticas. (pg 92).

*

¿Qué dice mi aurora, mi hijo, mi ángel bandido? ¿Os hacéis siempre vuestras horribles caricias, verdad? Cuéntame todo lo que hace, todas sus inocencias y sus diabluras.

¿Se volverá a olvidar de mí? Procura que no, amor mío. (pg 108).

*

Señor Alex Barrett: Nene querido, hijo mío, mi hijo, papá, papáa, papííta, poapííta... Tengo tu carta, tu eolito⁵ y tu pinito, y los beso. Te mando mi frente sobre el papel, para que me des un tito. Te mando mi alma, no la ves ahora, pero la verás cuando seas grande. No llores, me curaré para verte. Te mandaré juguetes cuando llegue el dinero de Gondra. Tu pobre papá, tu pobre hijito que te quiere. (pg. 116).

Hojitas de parra

Omnia Sana sanis (san Pablo)

Recuerdo una respetable señora, gruesa como un tonel, devota de buena ley, que prefirió morir a descubrir sus encantos y ser operada de un tumor que padecía. Nos sonreímos ante la puerilidad de figurarse Dios muy preocupado de que un médico le vea la panza a una pobre vieja, pero nos inclinamos ante la energía del carácter. Admiramos a los héroes y los santos, porque lo importante no es saber la verdad, sino saber sacrificarse por el error. Quien se equivoca sinceramente está en posesión de la única verdad accesible al hombre. Somos indulgentes para con los ascetas que atormentaron su cuerpo a fin de conservarlo casto, y fueron capaces de buscar la purificación en las llamas. No mentían. No mentía San Benito acostándose entre espinas, ni santa Lucía arrancándose los ojos, y aprobamos al cielo que por piedad de las vírgenes desnudas para el martirio ante la plebe, nevó sobre ellas, o las hizo crecer el cabello en “un manto de misericordia”. Acaso estos santos se ocupaban demasiado de sus personas, y sus escrúpulos eran vicios al revés; la moral moderna aceptará sobre todo a los profetas de acción social, desde Isaías hasta Lutero, que no se paraban en menudencias de dormitorio. Además, ciertas manías rayan en lo aborrecible: san Luis Gonzaga, que la ley del catolicismo propone por modelo a la juventud, no miraba a su propia madre, para no ser asaltado de pensamientos lúbricos. Confieso que, monstruo por monstruo, entre san Luis Gonzaga y Ravachol, me quedo con Ravachol.

⁵ Eolito: Piedra de cuarzo usada en su forma natural por el hombre primitivo.

Tampoco mentían los puritanos de la primera hora, mientras el *cant* inglés despidió un nauseabundo tufillo. En la buena sociedad inglesa la mayor parte de las prendas de ropa blanca carecen de nombre. La camisa es un objeto abominable. Irse a la cama es una indecencia; uno debe decir que "se retira". No se dice pierna, se dice miembro. Se han suprimido no solamente algunos órganos, sino sus alrededores. El vientre no existe; se dice estómago. En concepto de muchos moralistas, asegurar que una dama inglesa puede sentir placer en el amor es insultarla. Y he aquí que de tarde en tarde, cuando menos se espera, estallan escándalos como el de la *Pall Mall Gazette*, y aparecen austeros aristócratas haciendo robar obreritas impúberes, violadas en cuartos donde los muros acolchados sofocan los gritos, y donde hay lechos con correas para atar a las víctimas. Las hojitas de parra ocultan más de lo que parece...

Los iconoclastas que profanaron los mármoles paganos, en una furia que acumulaba mutilaciones, revoques y depilatorios; los sacrílegos que despuntaron a golpe de martillo los senos de las diosas lo hacían porque odiaban el arte. Los que profanan la carne de los niños lo hacen porque odian la vida. Confiemos en que la vida también les odia, y acabará por arrojarles de sí. Es la vida quien prepara las revoluciones. Es ella quien siega los individuos y los pueblos. No es la muerte la que mata: es la vida, que limpia su campo para plantar el futuro. Hay en la Casandra de Galdós una frase terrible: dos sobrinas de doña Juana, dos immaculadas ovejas del Sagrado Corazón, cosen un vestido para el niño Jesús, y la infame beata les dice: "alargadle la faldita; que no se le vean las piernecitas..." Bajo esa frase está la melosa podredumbre de las almas y la crueldad del fariseísmo, las bocas negras de los confesionarios y los fosos de Montjuich.

¡Hojas de parra sobre la carne de los niños! ¡Sobre niños de seis meses! ¿Cómo estará la conciencia de esas madres, para avergonzarse de la inocencia de sus hijos? Si la desnudez de los ángeles es pornográfica, ¿no será la maternidad una cosa obscena? ¿Tendrá razón en Buenos Aires san Luis Gonzaga? Yo os digo que igualmente hay ya una Argentina caduca, no envejecida por el tiempo, sino por el oro. Y hay una Argentina joven. Por encima de los fútiles millones de toneladas que se exportan se cierne el genio de Almafuerte, el más alto poeta de América; hay una Casandra argentina que barrerá la decrepitud, y devolverá su santa ingenuidad a las generaciones que nacen.

(Mayo 19 de 1910)

La madre (cuento)

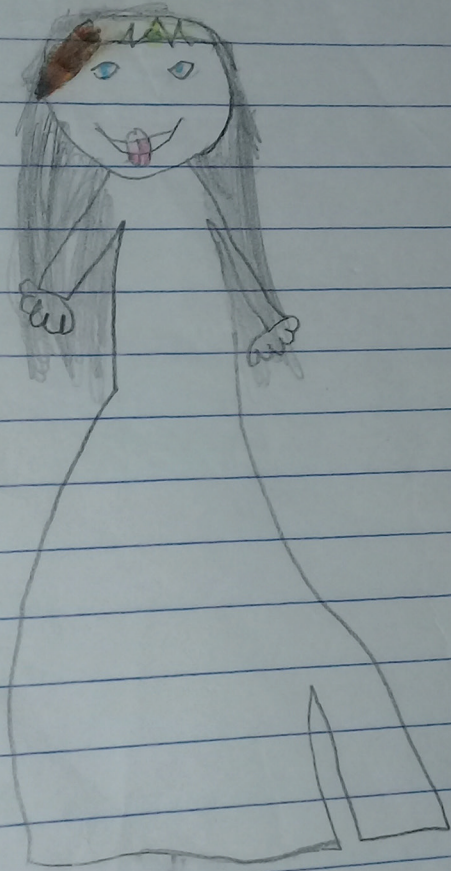
Una larga noche de invierno. Y la mujer gritaba sin cesar, retorciendo su cuerpo flaco, mordiendo las sábanas sucias. Una vieja vecina de buhardilla se obstinaba en hacerla tragar de un vino espeso y azul. La llama del quinqué moría lentamente.

El papel de los muros, podrido por el agua, se despegaba en grandes harapos que oscilaban al soplo nocturno. Junto a la ventana dormía la máquina de coser, con la labor prendida aún entre los dientes. La luz se extinguió, y la mujer, bajo los dedos temblorosos de la vieja, siguió gritando en la sombra.

Parió de madrugada. Ahora un extraño y hondo bienestar la invadía. Las lágrimas caían dulcemente de sus ojos entornados. Estaba sola con su hijo. Porque aquel paquetito de carne blanda y cálida, pegado a su piel, era su hijo...

Amanecía. Un fulgor lívido vino a manchar la miserable estancia. Afuera, la tristeza del viento y de la lluvia. La mujer miró al niño que lanzaba su gemido nuevo y abría y acercaba la boca, la roja boca, ancha, ventosa, sedienta de vida y de dolor. Y entonces la madre sintió una inmensa ternura subir a su garganta. En vez de dar el seno a su hijo, le dio las manos, sus secas manos de obrera; agarró el cuello frágil y apretó. Apretó generosamente, amorosamente, implacablemente. Apretó.

(S. F.)



Mi Familia.

La patria y la escuela

El empeño de que los chiquillos adquieran sentimientos patrióticos en la escuela es tan bien intencionado como inútil.

Un profesor, por muchos himnos que haga entonar a sus alumnos no les inculcará el amor a la patria; no existen procedimientos pedagógicos para eso, como no los hay para inculcar el amor a la familia. Las síntesis sentimentales no surgen en nosotros a fuerza de razonar, sino a fuerza de vivir. El amor a la familia nace del ambiente del hogar; el amor a la patria nace del ambiente colectivo; y el más sublime de los amores, el amor a la humanidad, nace del ambiente elevado que flota por encima de los siglos y de las fronteras.

Examine cada uno su remota niñez, busque lo que era para él entonces la idea de patria, y encontrará algo grotesco, cuando no el vacío. Es lo que ocurre con las ideas religiosas. Si poco a poco es retirado de la enseñanza lo que se refiere a los cultos, acabaremos por eliminar también de ella el culto patriótico. En la escuela no se debe adorar, sino comprender. Pero la verdad no tiene patria. No hay una manera patriótica de hacer multiplicaciones, de preparar el oxígeno ni de construir un muro, y si hay una geografía y una historia patriótica, es porque son falsas.

El niño no puede retener del patriotismo lo bueno, es decir, lo piadoso y justo, lo altruista de la fórmula. Retiene lo malo, lo pintoresco, la hostilidad estúpida a cuanto está del otro lado de un río o de un poste; la ferocidad militar, los héroes despreciables que ensangrentaron el mundo; no retiene del patriotismo su entraña de amor, sino su entraña de odio.

Y a más la mentira, la convicción de que su país es el más perfecto de todos. Protestamos contra esos manuales de historia, cándidas mitologías a base de milagro patriótico. Que el hombre sepa cuándo le falta razón a su patria, para defender las patrias que la tienen, y evitar agresiones internacionales que son la vergüenza de nuestro tiempo, que sepa que no es el fanatismo quien engrandece las patrias modernas, sino el trabajo, y que no hablan a cada momento de la patria los que la engendran, sino los que la explotan.

Marchamos rápidamente a nuevas instituciones sociales, de carácter cosmopolita. Observamos ya que los problemas humanos más hondos han cambiado de índole. En vez de interesar a las nacionalidades o a las razas, interesan al conjunto de nuestra especie. Recordad cuántos prejuicios, cuántas sandeces, cuántos errores, inoculados por medio de la

escuela, tuvimos que destruir en nosotros, para volvernos aptos a la lucha contemporánea. Seamos siempre menos dogmáticos con nuestros hijos; dejemos abierto su espíritu a las posibilidades que no somos capaces de comprender; no atemos las almas que vienen a la tierra; ¡desatémoslas! No nos interpongamos entre ellas y el divino futuro.

(27 de mayo de 1910)

Intrucción primaria

Lo que menos importa es que el maestro enseñe o no gramática, geografía y aritmética. En primer lugar, no se aprende nada, por competente que sea el profesor, hasta los quince años. El cerebro infantil no puede abstraer, lo mismo que no puede el estómago de un recién nacido digerir carne. Hasta pasada la pubertad no se generaliza, no se comprende. ¿Para qué convertir a los niños en malos fonógrafos, para qué profanar su tierna inteligencia? Basta excitar su curiosidad libre, mantener la elasticidad de su ingenio nativo, tan fácilmente asfixiado bajo las idiotas lecciones de texto; basta conservar el juego de su salud mental. Se hace lo contrario; se le embrutece mediante su propia memoria, se le castra el entendimiento por el terror; se le encarcela y se le tortura, se le hace odiar el arte y la ciencia por toda la vida; se le enemista definitivamente con los libros y con la naturaleza. Cuando ha concluido sus funestos estudios, es difícil salvarle.

Un maestro que no se hace querer, que no reduce su pedagogía a contar en clase bellos cuentos, que no desdeña la simple tarea del dómene por la grave tarea de inspirar amor a la verdad y a la justicia, aunque no sea aún tiempo de conocer la una ni de practicar la otra, es un mal maestro. En la escuela hay que adquirir el hábito de no mentir y de atender a las molestias y a los sufrimientos del prójimo. Hay que salir de ella verídico, compasivo y cortés. Esto es lo importante, Y de lo que nadie se ocupa. En lugar de templar los resortes morales del niño, los únicos accesibles, se le asegura seriamente que la tierra que pisa es una bola danzante en torno del sol. Pocas escenas sociales son de un cómico más terrible. Tuve noticia de un institutor que recordaba a sus alumnos la forma del planeta recomendándoles que le miraran al bolsillo del chaleco, donde el reloj dibujaba un bulto circular. Por desgracia el día de los exámenes, se olvidó de traer el reloj; en su puesto había una caja de fósforos. Todos los discípulos contestaron que la tierra era cuadrada.

Cuando me explicaron, de muchacho, lo que representan esos globos de yeso en cuya redondez se pintan los continentes y los mares, creí que las poblaciones se encontraban dentro de la esfera. Tomé la convexidad terráquea por la concavidad celeste. Error muy natural, que tardé mucho en corregir. A mi vista, la única figura redonda y enorme que la realidad me ofrecía era la del firmamento. «Recuerdo una niña de escuela, narra Henry George, muy adelantada en geografía y astronomía, que se asombró mucho al saber que el suelo del corral de su casa era realmente superficie terrestre; y observaréis si habláis con los niños, que la mayor parte de los conocimientos que se les enseñan son parecidos a los de aquella niña. Raras veces discurren mejor, y con frecuencia mucho peor que cuando nunca han ido al colegio». Pero aunque se trasmitieran a esa edad nociones científicas, cosa imposible, ¿de qué servirían? ¿en qué perfeccionarían, por sí solas, el espíritu humano? No es la razón, más o menos amueblada, sino la voluntad lo que hace marchar al mundo. No es urgente desarrollar el caletre, sino el carácter. Instruid a un malvado, y le habréis dado armas para que os ataque. Instruid a un imbécil, y habréis dado importancia y volumen a su imbecilidad. El pueblo se emancipa poco a poco de la miseria en que vive, no por la instrucción, sino por la fuerza de su sagrada cólera. Todos los pobladores saben leer y escribir en China; en ningún sitio arrastran las masas tan lamentable existencia. Si la instrucción fuera en sí eficaz, ¿no la habrían explotado, en provecho propio, los maestros mismos, no habrían logrado, en las generaciones que educaban, inculcar consideración y respeto a la humilde clase de profesores elementales, cruelmente tratada en todos los países? ¿No habrían conseguido hacerse pagar mejor?

Los gobiernos han descubierto que la instrucción obligatoria no les compromete, como ocurriría si en las escuelas se aumentara el vigor moral de los contribuyentes. Los gobiernos montan con entera confianza la maquinaria académica; hacen a veces de ella, como sucede en Francia, una agencia política. Les permite siempre obsequiar con empleos a sus amigos, y extender más y más la epidemia burocrática. Sería una fuente de regeneración incalculable, aquí sobre todo, donde los hogares, mal constituidos, hacen muy poco en favor de los hijos, enviar a la campaña un heroico regimiento de cien maestros, cien hombres de corazón, capaces de ser estimados por los niños, y resueltos a sembrar en las almas auroras el germen de la sinceridad y de la libertad de ideas. Pero esos hombres, ¿los habrá en el Paraguay, los habrá en América, los habrá en este valle de lágrimas?

(Diciembre 22 de 1907)

La instrucción y la política

Dejemos a los juristas hablar del Estado como de una abstracción. Los que buscamos la verdad en la vida y no en el papel, los que hemos aprendido a nuestra costa que no hay otros derechos sino los arrancados con uñas y dientes a la fiera humana, sabemos que el Estado es de carne y hueso, y que las más pomposas doctrinas republicanas se elaboran en el vientre vanidoso de un ministro. Hay quien agradece a los dioses que se ocupe el Estado de instruir a los niños. Es, sin embargo, una gran desgracia; la política es un arte mundano, una galantería entre machos, y nada se opone a las condiciones de competencia y sobre todo de moralidad necesarias a un director de enseñanza pública, como las aptitudes de rapacidad y de intriga indispensables a un gobernante sólido. Forzoso es convenir en que el poder descalifica para cualquier labor técnica productora.

Viejas reflexiones resucitadas a propósito de un miembro del gabinete, descabezador de profesores antipáticos. A uno los traslada, a otros los destituye. ¿Por qué? Porque no son amigos y admiradores particulares suyos. El criterio no es muy nuevo, y eso es lo que irrita, pensar que si vamos al fondo de las cosas, los siglos pasan sin traernos diferencia esencial. Conservad las proporciones al retroceder en el tiempo, y descubriréis dentro del cráneo del secretario de 1908 el mismo espíritu que animaba al doctor Francia⁶, gobernante sólido si los hubo, patriota que no teniendo a mano otro cemento, afirmó la tosca armadura de su país con sangre coagulada. A Francia le fastidiaban igualmente los que no eran amigos especiales suyos, y los destituía de la existencia, o los trasladaba a un sitio seguro de donde no volviesen.

¡Ser amigo del poder! No hay más que una amistad posible con los poderosos: la esclavitud. Los tiranos antiguos la sellaban con sangre; los modernos acaparadores, de casi todas las naciones civilizadas, la sellan con oro: algunos, tontamente románticos, amordazan el pensamiento. Violentan las ideas, mil veces más preciosas que el oro y que la sangre. Apenas tenemos ideas en el atormentado Paraguay, pero quizá las copen al nacer. Hay centinelas a la puerta de las cátedras. Para poder enseñar a nuestros hijos es forzoso ser amigo del jefe; ¿Y qué les enseñaremos, sino que también se hagan amigos del jefe? ¡Que delicioso resultado para un pueblo! Arriba uno y abajo todos. Terrible es que en las venas de este pobrío

⁶ Gaspar García Rodríguez de Francia, gobernó al Paraguay desde 1813 hasta su muerte en 1840. El Congreso lo nombró Dictador Perpetuo y el escritor Augusto Roa Bastos lo llamó: *Yo, el Supremo*, en su novela cumbre. Sus actos lo diferenciaron de los dictadores que han padecido estas tierras: hostilizó la naciente oligarquía protegida por España, expulsó las órdenes religiosas del país y confiscó sus bienes, vivió y gobernó en soledad y no se enriqueció en el cargo.

silencioso se estremezca la nostalgia de un pasado fatal; terrible que todavía nos inquieta la amenaza al maestro, y el proyecto de profanar el alma de los niños con el espectáculo de la política.
(S.F.)

Exámenes

Es cosa de preguntarse si *los señores del tribunal*, según la frase clásica, toman en serio su papel, y pretenden quedar enterados, al cabo de un cuarto de hora, de lo que un alumno recuerda y comprende. He aquí un pobre niño que comparece como un reo ante el aparato risible para nosotros, pero imponente para él, de todas las justicias terrestres y divinas: tres magistrados, o más, a cuyos rostros se pega la severidad de lo omnipotente y de lo infalible, y de quienes depende la muerte o la vida, porque un año es un buen pedazo de nuestra existencia. El delito de asistir a los absurdos establecimientos de la enseñanza burocrática merece la penitencia del banquillo fatal, pero no es ese muchacho asustado el que debe sufrirla. Ahí está, torturando su memoria, implorando la amabilidad del azar. ¡Oh!, no se dirigirán a su inteligencia, a su imaginación, a sus ideas felices ante una cuestión práctica, natural, humana, que pida la elasticidad y no la inercia de su espíritu, no. Le exigirán la innoble faena de desembuchar, si la suerte le ayuda y el terror no le paraliza, algo de los millares de palabras sin sentido que devoró durante las últimas noches en vela, espoleado por la prueba próxima; le exigirán un cerebro bastante blando, bastante pasivo, bastante resignado para que los tipos de imprenta, al modo del hierro candente en el anca de la res, hayan dejado auténtica la marca del dueño; le exigirán que sea fonógrafo, y si funciona bien, *los señores del tribunal* firmarán que el fonógrafo sabe matemáticas, historia, química, literatura.

¡Farsa curiosa! Si a alguien le interesara sinceramente conocer hasta qué punto el alumno se ha incrustado el libro de texto, se acudiría al maestro encargado de la incrustación, el cual, en un largo curso de nueve o diez meses, puede mejor que nadie reunir los datos *ad-hoc*. Mas, ¿qué importa la cantidad de letras que el paciente engulla o no engulla? ¿Quién cree formalmente que en nuestros colegios se aprende algo? Quizá se aprende a ser profesor. Para el que conserva los sagrados principios administrativos, el colegio es una oficina donde se asciende.

Para el que aspira a volver a la Naturaleza, a la realidad de que le ha separado el sucio charco de tinta, el almacén de signos muertos que los dómines amontonan; para el que busca las fuentes fecundas del mundo y de su propia conciencia, lo urgente es raspar la tiña contagiada en los bancos de escuela, olvidar los libracos *elementales*, pedantes y embusteros como ellos solos, enderezar la razón envidiada, sometida a una docilidad ignominiosa, cauterizar las llagas de pereza y deshonestidad intelectual adquiridas en clase, galvanizar la médula yerta y erguir el espinazo, resucitar la admiración y la curiosidad aletargadas al canturreo de las lecciones. Únicamente a contar del instante en que intentamos destruir la obra de la instrucción oficial, estamos seguros de aprovechar el tiempo.

Ahora, si se empeñan en perpetuar los dichosos exámenes, ¿por qué no encomendar a algunos hombres inteligentes el cuidado de proporcionarnos un breve diagnóstico psicológico? Levantar un acta, provisoria y somera sin duda, del carácter del niño, es mucho más útil que ocuparse de los ficticios resultados de una cultura académica perniciosa. Extracto del *Journal des Economistes* un ejemplo de sensatez: se trata del concurso de entrada en la escuela inglesa de los *Naval Cadets*. Hay un comité de *interview* compuesto de cuatro oficiales, que en un aposento aislado charlan sin ceremonia con el rapaz, haciéndolo reír para que se muestre desahogadamente tal cual es. Todo consiste en una conversación hábil que delate un entendimiento alerta y observador, una madera que promete. Se ha interrogado a los futuros marinos sobre el color de los cangrejos vivos y sobre si las vacas tienen los cuernos delante o detrás de las orejas. Los catedráticos a patrón se burlarán de tal sistema; es probable que ellos mismos no acertarían a contestar.

Sin embargo, la salvación está en suprimir los exámenes, continuando después en la tarea de airear y desinfectar los cuarteles donde se mistifica y se corrompe a nuestros hijos. Hay que abrir todas las ventanas a la luz, al amor, a la verdad, a la alegría. Hay que arrancar las almas inocentes al odioso formulismo escribanesco. Hay que unir los libros a las cosas. Educarse es prepararse a la vida, y la vida ha cambiado. No es ya el latín y el griego la clave del saber. No nos atañen ya la teología ni la heráldica. Lo que nos preocupa existe de veras, nos acecha y nos amenaza; nuestro destino es luchar con obstáculos reales y con fuerzas sin piedad, no con sombras y leyendas. Por eso la ciencia que no está más que en el papel es mentira y es maldad, y nuestro deber, si no consiguiéramos mantener la ciencia en contacto y en fusión constantes con el Universo, sería aniquilarla.

Lippman, el célebre descubridor de la fotografía de los colores, ha hablado con su inmensa autoridad en el «Congreso para el Adelanto de las Ciencias» celebrado en Lyon hace poco. Ha protestado furiosamente contra los concursos, los textos, los programas, los exámenes. El asunto de su discurso era «Las relaciones entre la ciencia y la industria». En terreno tan de su competencia demostró el insigne físico que la instrucción pública francesa (modelo de la española y sudamericana) está fundada en conceptos chinos. El Estado es un perfecto mandarinato. Todo arranque individual sucumbe bajo la red terrible. Tragar su texto, asegurar su programa, salir de su examen, eso, en su mezquindad estéril, es el fin, el sueño, el ideal de las energías vírgenes de una nación.

Lo divertido es que el método es obligatorio. Como si no fuera el derecho a ignorar igualmente respetable, y tal vez basado en filosofía más sana que el derecho a instruirse, todavía se impone a lo delicado y puro de nuestro ser un procedimiento degradante. ¡Y pensar que la solicitud lamentable de los gobiernos se despliega en un planeta donde las tres cuartas partes de la humanidad están condenadas a una miseria espantosa, y donde diariamente centenares de personas perecen de hambre y desesperación!

(Noviembre 20 de 1906)

El maestro (cuento)

Por treinta pesos mensuales el señor Cuadrado, a las cinco de la mañana incorporaba sobre el sucio lecho sus sesenta años de miseria, y empezaba a sufrir. Levantar a los niños de primer grado, vigilar su desayuno, meterles en clase, darles tres horas de aritmética y de gramática, llevarles a almorzar, presenciar su almuerzo, cuidar el recreo, propinarles otras tres horas de gramática y de aritmética, conservar orden en el estudio, servirles la cena, conducirles al dormitorio, estar alerta hasta las diez de la noche, dormirse entre ellos para volver a comenzar al día siguiente... todo eso hacía el señor Cuadrado por treinta pesos al mes.

Y lo hacía bajo humillaciones perpetuas, obstinadas; los niños de primer grado eran un enjambre de mosquitos en cuyo centro el señor Cuadrado pasaba la vida. Cada instante estaba marcado por un pinchazo o por una puñalada, porque si el señor Cuadrado era blanco constante de las risas bulliciosas de los pequeños, también lo era de las risas malvadas de los grandes, de los que ya saben ¡ay!, herir certeramente. El profesor interno era el lugar sin nombre donde quien quería tenía derecho a descargar, a soltar su malhumor, su impaciencia, su deseo de hacer daño, de martirizar, de asesinar. Y el señor Cuadrado vivía entre el dolor del último salivazo y el terror al salivazo próximo. En su corazón no había más que odio y miedo. Se sentía vil. Era el maestro de escuela.

Menudo de cuerpo y de alma, flaquísimo, blando, vacilante, tiritaba siempre bajo su antiguo chaqué sin color y sin forma, famoso en las conversaciones burlonas de los muchachos. La cara del maestro, roja y descompuesta, parecía de lejos una llaga. Las innumerables arrugas, profundas y movedizas, que se entreabrían para mostrar dos ojillos de culebra, atraían de cerca y provocaban a un estudio interminable. Tosía y su voz cascada se rompía con sonido lúgubre. Sacudía a cada momento los hombros, como si su raído chaqué fuera una piedra abrumadora, y temblaban sin causa sus endebles miembros.

Al señor Cuadrado se le había escapado su mujer, dejándole cinco hijos de poca edad. Él no los veía porque no tenía tiempo. Disponía de dos horas por semana. Una vez en la calle, el señor Cuadrado se erguía, respiraba. ¿Adónde ir? ¿A visitar a los chiquitos? Repartidos por los oscuros rincones de Buenos Aires, las distancias sin fin de la implacable ciudad agobiaban al señor Cuadrado. «Podía ver a uno. ¿A cuál? ¿Iremos a pie? Los botines se me están cortando... ¿Tomaremos el tranvía? Con los treinta centavos me echaría entre pecho y espalda un té bien caliente... Hace frío». Y el señor Cuadrado se deslizaba en el establecimiento de la esquina, se acurrucaba en un ángulo, delante de la taza humeante, gozaba con delicia del ambiente tibio, de la soledad. Los hombres cruzaban sin ocuparse de él. No sufría. No pensaba en nada. Eran dos horas de ensueño, toda la poesía del señor Cuadrado.

Aquella noche, después de roer su miserable alimento, el señor Cuadrado se metió en la cama. ¡Contra su costumbre, se durmió pesadamente! Los doce o quince diablillos de primer grado se acostaron también, guardando una compostura de mal agüero. Dieron las diez, las once...

Las horas sonaban en los relojes lejanos y detrás de ellas caía el silencio más profundamente. El dormitorio, mal iluminado por una vieja lámpara, hundía su hueco en la sombra donde blanqueaba como en los hospitales la doble fila de camas estrechas. En la última, junto al umbral se distinguía apenas el bulto del señor Cuadrado, y un débil reflejo brillaba tristemente sobre su calva amarilla.

Rumores de pájaros, cuchicheos, carcajadas mudas, alguien camina... Las cabezas rizadas se agitan, los cuellos se alargan. Desde la penumbra todas las miradas se tienden a la puerta y al cuerpo inmóvil del señor Cuadrado.

Y a la entrada del aposento surge cautelosamente una aparición celestial. Desnudas las rosadas piernas, revueltos los rubios bucles sobre una frente de ángel, muy abiertos los dulces ojos azules, sonriente la bocafresca y pura como una flor, el más lindo de los alumnos de primer grado espía a su maestro.

Convencido de la impunidad alza la mano, de donde cuelga por el rabo el cadáver sangriento de una rata, y deposita delicadamente el inmundo animal sobre la almohada, a dos dedos del ralo bigote del señor Cuadrado...

Desde el amanecer está sobresaltado el dormitorio. Al resplandor lívido del alba se ve la rata manchada de sangre al lado de la faz marchita del maestro de escuela. Pero el señor Cuadrado sigue durmiendo. Son las cinco, las cinco y cuarto, y el señor Cuadrado no se despierta. Los demonios hacen ruido, derriban sillas, se lanzan libros de un lecho a otro. El señor Cuadrado duerme. Los demonios le disparan bolitas de papel, pero es inútil. El señor Cuadrado descansa. El señor Cuadrado está muerto...

(Abril 16 de 1905)



Los niños

De tres a seis años. Los bucles de oro, embriagados y henchidos de la savia primera, ruedan sobre las mejillas olorosas; los ojos, bañados de húmedo amanecer, entreabren su curiosidad amante; las bocas inmaculadas ensayan la sonrisa y el beso; el alma en capullo no sabe aún la crueldad ajena ni la propia; la carne resplandece de una sagrada claridad. Adoremos la casta flor humana; purifiquemos nuestras manos en las cabelleras de los niños, acerquémonos a la inocencia perdida.

Pero, ¿somos capaces y dignos de ello? ¿Cómo acariciarles? ¿Qué decirles? Son seres de otro mundo. Son ingenuos; nosotros, falsos. Son limpios y hermosos; nosotros somos culpables, y estamos manchados, marchitos y viejos. ¿Cómo atrevernos a hundir nuestra mirada turbia en esas pupilas transparentes? ¿Impondremos a nuestras arrugas hipócritas la horrible mueca del candor? Necesitamos mentir nuevamente para hablar a los niños, y ellos lo ven y nos huyen. Nos han desterrado de sus juegos, de sus carreras aladas, de sus gorjeos celestiales. Justo castigo el nuestro: no podemos comunicarnos con la pureza de nuestros hijos.

No acusemos a la vida. La vida moral es obra nuestra. Nosotros también fuimos ángeles. Nos convirtieron en demonios; nos corrompieron lo mismo que corrompemos a los niños de ahora. Éramos luz, y nos emparedaron. Éramos movimiento y nos amarraron los miembros con vestimentas estúpidas, y clavaron nuestros cuerpos en el potro de la mesa de estudio, y doblaron nuestros frágiles cuellos sobre el deber inepto y asesino. Pronto conocimos la cárcel y el trabajo forzado. Éramos belleza, y nos rodearon de cosas repulsivas y sucias. Éramos inteligencia, y nos la ahogaron en la tinta de interminables letras sin sentido. Nos obligaron a aborrecer el libro y a despreciar al maestro. Nos separaron para siempre de la naturaleza; nos envenenaron para siempre la libre alegría de los cielos, del mar y de los bosques. Una vez desprendidos de los jóvenes brazos de nuestras madres, sólo encontramos la amenaza, jamás el amor, nosotros, que éramos amor. En nosotros entró el miedo, después la vanidad, más tarde la única, absorbente, degradante pasión del oro. Hicieron lo que somos, incomparables estupradores de la razón y del sentimiento que nacen, corruptores de niños, cegadores de fuentes.

Cuando preguntaron a Carrière cómo debería el proletariado contribuir a la paz internacional, contestó: «¡No golpéis, no injuriéis a vuestros hijos! Hace siglos que los hombres se devuelven los golpes que recibieron cuando niños...».

Salvémonos, salvemos la humanidad. Volvamos a los niños, y volvamos llenos de respeto y de fe. Así el recuerdo de la niñez propia, recuerdo que canta y que se queja en el fondo de nuestra conciencia, nos será menos triste; así conseguiremos prolongar la divina cosecha de bucles de oro, bocas inmaculadas, de ojos de aurora y de carne en flor que cada primavera nos trae el destino; así lucharemos contra el mal, y evitaremos que en un día quizá próximo nuestros hijos nazcan manchados, marchitos y viejos como nosotros.

(Julio, 10 de 1906)

La lucha

El teatro estaba lleno. Abajo un mar, y arriba una muralla de cabezas. De pronto, en el escenario desierto apareció un niño.

Solo ante la inmensidad, avanzó. Parecía un insecto. Estaba metido en un sayal negro como una mortaja, y un enorme sombrero de teja abrumaba su carita amarilla y sin edad, cara de cómico. Impávido al terrible murmullo de la muchedumbre que ha pagado y quiere divertirse, llegó hasta el borde del abismo, y empezó a cantar.

Cantó un *couplet* de los creados por otro héroe, Frégoli, y el insecto indefenso conquistó al público. La gente rió y el niño resistía el oleaje inmenso de las risas para dominarlo y desencadenarlo otra vez con aquel talento que sin duda le había costado muchas lágrimas.

Alegre era el *couplet*, pero ¡qué triste era la voz, vocecita débil y sin timbre, gemido arrancado al hombre por la vida despiadada!

En vez de dormir sosegadamente, con el profundo sueño protegido de los niños felices que de día juegan al sol, aquel niño se abrasaba a medianoche en la atmósfera envenenada de un teatro, y luchaba para hacer reír a la multitud, para hacer reír a otros niños grandes en sus palcos. ¿Y cómo no había de hacer reír con aquella facha diminuta y ridícula, con aquellos gestos de miseria y de desesperación?

Espectáculo quizá doloroso, pero seguramente necesario y justo. Necesario es que ese chiquillo crisper su garganta, y que otros chiquillos más desgraciados aún descoynten sus miembros o vuelen de un trapecio a otro como pelotas vivas, para divertir también a los dichosos que se aburren. Necesario es luchar; y lo necesario no puede ser malo.

Lo único malo es la resignación. Admiraremos a los que no se entregan jamás, a los que tienden sus músculos contra la mole social que a ciegas los aplasta; admiremos la rabia de vivir que agita todavía el cuerpo de los decapitados; admiremos a los que, como el Frégoli en miniatura de anoche, se adelantan desnudos al encuentro de la vorágine, y se lanzan en ella para vencer o morir.

¿Quién dijo que venimos al mundo para pasar el rato? Venimos a hacer esclavas nuestras las realidades de que merezcamos ser dueños, venimos a concentrar en nuestra alma de una hora la mayor suma de energía posible. Venimos a ser fuertes, o a resignarnos a servir a los fuertes.

¿Serás tú fuerte, muñeco disfrazado de cura, que me hiciste pensar anoche? ¡Quién sabe! Mañana serás un gran actor, y deberás a los duros años en que de niño halagabas las crueles aficiones del vulgo, el poder divino de hacer llorar y soñar a los hombres.

(Mayo 12 de 1910)

Mañas que pasarán

Entró de pupila pobre de uno de los numerosos colegios del Sagrado Corazón que hay por ahí. Pagaba quince pesos mensuales. Tenía doce años, y su padre, que ciertamente no brillaba por su intelecto, la venía a ver de cuando en cuando. Las hermanitas la hacían limpiar la cocina, lavar los pisos. Empezó a toser, demacrarse, siguieron obligándola a lavar pisos, lo cual no la alivió. Apenas ya podía tenerse en pie. Se arrastraba. Sus compañeros abogaron por ella ante la madre superiora, pero la santa mujer contestó: «Son mañas que pasarán».

Sí, la niña no tenía nada. Un poco de tisis. Cuando al fin, no hace muchos días, el padre la sacó del venerable establecimiento, y la hizo reconocer, supo que estaba tuberculosa en último grado. Mañas que pasan... que quizá hayan pasado con la mártir para siempre en la hora en que mi pluma la recuerda.

¿Habría sido menos cruel su destino en un colegio laico? No sé... no creo que haya gran diferencia entre ser sierva de laicos o de religiosos. ¿Y en una casa particular? Lo dudo. ¡Hay tantas damas excelentes que buscan

con ansia una huerfanita que criar, un pequeño organismo a quien hacer sufrir, sin desembolso y en propiedad absoluta! Y no olvidemos que las niñas muy pobres son todas huérfanas. Si resucitara Dickens, el pintor de la infancia perseguida y torturada no le faltarían asuntos.

Tener padres es cuestión de dinero. Y tener hermanas. Las del Sagrado Corazón reservan su fraternidad para las pupilas ricas. No nos indignemos; se figuran que Dios existe separado de los hombres y le consagran la mayor parte de su lástima, repartiendo el exiguo resto entre los privilegiados pecadores con cuyos fondos se alimenta el culto. Da gozo ver esas fotografías de *Caras y Caretas* y del *P.B.T.*, donde aparecen los obispos rodeados de sus devotas amigas, sudando lujo, o donde se nos muestra un elegante sacerdote, invitado a una partida de caza, y ocupado en bendecir a los perros. La Iglesia concede a los ricos el cielo y la tierra. En cuanto a los pobres, que se contenten con el paraíso.

Niña mía, si los tormentos de la tisis, que se te habrá enseñado a aprovechar, te aseguran la salvación eterna, ¿qué más puedes pedir? No te engañaron; Dios habita tu ulcerado pecho, y subirás al paraíso. Pero no encontrarás allí a las hermanitas del Sagrado Corazón, ni a la madre superiora. Quisiera que estuvieran contigo, y no es posible. No es que sean perversas, no... Tienen mañas que pasarán. Es que no saben. Es que adoran el oro y la fuerza; es que están todavía engañadas por simulacros. Compadécelas. ¡Hace tanto tiempo que se fue tu padre Jesús! Él te hubiera dicho: «anda, hija mía: tu fe te ha sanado». Y correrías al sol, entre las flores, y serías feliz. Te hacían lavar pisos, hacían poner en cuatro patas tu cuerpo flaco, porque no conocen a Jesús, las desdichadas idólatras de un corazón pintado no reconocen a Jesús...

Y, sin embargo, Cristo, en punto a cristianismo, es también una autoridad. Pero no está a la moda. Los cristianos de hoy le consultan poco. Suelen preferir otros directores. Se han hecho materialistas, se han rodeado de fetiches, necesitan pedazos de palo que adorar, que besar, y en su odio a todo lo que sea espíritu, han cubierto de tatuajes la bella tradición. No han leído a san Pablo. Y de sus plegarias chorrea un meloso prosaísmo que sublevaría, no digo a los dioses, sino a cualquier mortal de buen gusto; no han conservado la pureza primitiva de su credo, y pretenden refrescarlo con alucinaciones de semiimbéciles como la Alacoque; no recuerdan que los preceptos del Fundador se reducen a uno: amar, y envenenadas de política, de codicia y de ambición, o sea de odio, practican una beneficencia que es la caricatura siniestra de la caridad. Y los no cristianos me inquietan doblemente, pues difícil es volver la espalda al cristianismo sin volvérsela al amor.

¿Y qué será de nosotros sin amor...?

¿Vives aún, niña doliente? Te irás; llegará un instante en que el fatigado fuelle de tus pulmoncitos echará su último soplo. Sí; esta atmósfera es aún irrespirable. Quizá no seamos tan malos como lo parecemos, pero parecemos muy malos, parecemos demonios, y entre nosotros los ángeles se enferman y huyen espantados, perdónanos, niña, y desde el seno de la infinita sombra, que para ti será la infinita luz, ruega porque nuestros vicios pasen, ruega para que pasen nuestras mañas.

(Octubre 28 de 1909)

Los reyes niños

El Congreso de La Haya procurará evitar que posaderas infantiles se sienten en tronos reales. Los monarcas aburridos no podrán ya abdicar en niños de pecho. Parece temerse que el destino de las naciones peligre en las manos de los bebés.

Y no obstante, si ser rey es ser algo, y si en algo subsiste la monstruosidad que un hombre “sin tomarse otro trabajo que el de nacer” según la frase del jovial Beaumarchais, disponga poco o mucho de las vidas de millones de hombres, más vale que el majestuoso absurdo se encarne en un niño. Dice La Fontaine que esta tierna edad no tiene compasión mas, ¿qué edad la tiene? Los niños son crueles, mas sus crueldades no duran. Sus obstinaciones no persiguen largamente. Un aire de gracia escapa a los bucles rubios que escapan a la pesada corona. Una suave devoción va a los niños dioses, que sonríen sosteniendo la esfera del mundo convenientemente reducida en la pálida palma.

Los reyes niños satisfarán sus curiosidades. El cetro será para ellos un juguete brillante, una varita de hadas. Les repetirán la célebre ocurrencia de aquel cortesano en los balcones del palacio, ante el pueblo que aclamaba a su príncipe: “Señor, todo eso es vuestro”, y querrán ver de cerca a sus súbditos, los muñecos grandes que saludan y se postran. Querrán palparlos y tirarlos del pelo. Alfonso XIII cuando tenía ocho años y era un rapaz inaguantable, observó desde su coche, en las alamedas de La Florencia, en Madrid, a un joven de una estatura colosal, con pies de tres palmos y pasos

de tres varas, que caminaba sosegadamente. Se averiguó que era un vizcaíno, estudiante de agronomía. Se manoseó el gigante a su gusto. Sí, los reyes niños tendrán sus ingenuos caprichos. ¿Qué importa? Lo esencial es que no se metan en nada serio.

¡Que no se metan los reyes en nada! No les queda otro recurso para continuar existiendo. Ruinas cubiertas de flores, la inmovilidad ambiente les salva. Y lo comprenden tan bien, que los países donde la monarquía se arraiga —Inglaterra— son verdaderas repúblicas en que el jefe del Estado es una decoración silenciosa, un escudo solariego que se limpia de cuando en cuando, que a nadie molesta porque nada hace, recuerdo de antaño que rompe agradablemente la cornisa. Los reyes que dejan de ser momias son los que traen las revoluciones. Los Guillermo II son los que arruinan su prestigio y su estirpe. Aquellos que solo habitan el pasado de las conciencias humanas, solo en calidad de espectro les es dado vagar sobre la tierra.

El Congreso de la Haya debe proponer que únicamente se reine hasta la edad de los siete años, y desde los setenta y cinco. El periodo de la razón y de la virilidad es el más terrible. Además, si es que los reyes conservan su razón, ¡qué degradantes espectáculos se ahorrarían renunciando a tiempo a sus prerrogativas!

¿Cómo soportan la eterna mueca de sus lacayos, de sus gentiles hombres?, ¿Cómo no huyen hacia el sol y la libertad? Cosa terrible: siempre las frentes inclinadas, los espinazos doblados; siempre la aprobación, la adulación, siempre el sí, ¡Pobres diablos! ¡Pobres prisioneros!, ¡Pobres ignorantes! No sienten el espasmo del asco en frente del perpetuo servilismo; no protestan de la barrera pegajosa que los separa de la realidad. Engomados a su etiqueta, no se dan un gran baño de verdad para estirar los brazos y mirar al cielo. Los emperadores de la sombría España, los Carlos V y los Felipe II, se refrescaron en el frío siniestro del fanatismo, y de la muerte. No demostraron que la humanidad palpitaba en ellos. Los de ahora son reyes niños, se conforman con su suerte monótona. Su diadema de papel morado basta a divertirles sin tregua.

(Febrero 7 de 1907)



La caridad de los niños

Una importante hoja semanal, dedicada a la infancia, ha fundado un benéfico club de niños que cuenta ya con más de cinco mil asociados. Hace poco se pidió a los suscriptores ropa usada, calzado viejo para los nenes desvalidos. “Queremos dar a todos la oportunidad de aliviar, sin innecesarios sacrificios de su parte, la suerte del prójimo”. Las prendas llovieron. Dos pequeñas donantes, Nélida y Sarita P., escriben: “Señor director: ¡Si supiera cuánto nos gustó la idea de enviar ropa! ¿Quién no tiene en su casa alguna ropita que dar?... Si viera con qué gusto mirábamos a mamá arreglar los vestiditos... A cada rato le decíamos: “Mamita, si supiéramos trabajar, qué lindo sería; así planchábamos nosotras la ropita”... Teníamos que esperar una ropa de las amiguitas Elena D., Margarita B., Rosa M. y Catalina J., las cuales estaban animadas de los mismos deseos que nosotras... Sentimos que en la ropita no va ninguna para varón (salvo un guardapolvo que le agradecería llegara a manos de un niño vendedor de diarios)... La que no crea conveniente darla, úsela para limpiar las máquinas...”

No he puesto los apellidos con todas sus letras, porque mis reflexiones no parecerán acaso enteramente amables. Esa propaganda de emulación, de solidaridad, de beneficencia entre los niños es muy plausible. Debemos agitar a los hombres cuanto antes, mezclarlos y restregarlos unos con otros, revolver sin descanso el engrudo social; es la única manera de favorecer las misteriosas reacciones del futuro y de allanar el ignorado camino que nos aguarda.

Bueno es que hasta aquellos de nosotros que tienen la vocación del aislamiento empiecen en contacto íntimo con los demás. La soledad legítima es la que se elige tarde. Pero si la propaganda es eficiente, no deja de revelar detalles tristes, como el final de la carta de Nélida: “mando ropa para vestir niños pobres y para limpiar máquinas sucias”. Caridad a la moda, caridad sin “innecesarios sacrificios”, caridad de hielo, caridad sin amor, falsa caridad.

Y lo terrible está en que es falsa y útil a un tiempo. Es útil que los niños desheredados se abriguen, aunque sus harapos vengan de la indiferencia, del asco y del odio. Es también útil que las máquinas se limpien. Y no sólo sirve la falsa caridad, sino la falsa justicia, comprometida y coja, arrancada por el miedo. La mayor parte de los modernos apóstoles se han convencido de lo necio que es buscar el amor en el corazón humano y se

resignan a no reclamar sino la fría y práctica justicia, una norma nueva y más amplia, que mañana se desechará por demasiado cruel, y que hoy aliviaría tantas miserias, tantos dolores, abandonados a la caprichosa caridad de los que son todavía felices. Y, sin embargo, el amor iría más allá de todas las justicias, sería la verdadera justicia, porque siempre está en exceso y desborda sobre el mal, y lo ahoga, en luz, porque lo da todo, puesto que se da a sí mismo. Y el que da se recobra, se descubre y se gana. No es el que recibe quien se enriquece y se hace poderoso sino el que da, si da de veras. ¿Recordáis lo que decía san Pablo, a sus discípulos hebreos? “De la hospitalidad no os olvidéis, pues por ella algunos, sin saberlo, hospedaron a los ángeles”.

Nélida, Sarita, niñas graciosas, ¿será posible que hayáis sido útiles sin amor, y que nunca se acerquen a vosotras los ángeles? La Fontaine aseguraba que la primera edad no tiene compasión. Ribot, gravemente, afirma que por lo común las pasiones de los niños se reducen a la gula. No creo que cuanto hay de bueno en nosotros se deba a los que nos educaron. El arte del floricultor no hace de los cardos, rosas. Somos gérmenes enviados de muy lejos, de muy arriba. Hay niños egoístas y niños generosos, niños santos y niños fieras. Legouv   vi   a un niño que, antes de poner su limosna en la mano de un mendigo, le salud   cortésmente, quitándose la gorra. Vale más ese saludo que los millones donados por Rockefeller. El niño de Legouv   amaba. Era amigo de los   ngeles.

Quizá lo sean, a pesar de las apariencias, Nélida y Sarita. En su carta, si falta la piedad, falta la mala ortografía. Es una carta corregida por personas mayores. Tal vez son ellas las que, al peinarla, la hicieron presentable y aborrecible. Tal vez ellas trajeron la frase amarga. Porque podemos dudar del egoísmo de los niños, pero no del nuestro. Y si ellos son acaso feroces, no lo son a nuestro modo. No lo son con nuestra hipocresía medida, con nuestra infame seriedad, con nuestros cálculos y nuestros sofismas y nuestra exactitud de administradores de la muerte. Y nosotros los cobardes, los cansados, los decrepitos, somos los que recibimos la santa cosecha de carnes en flor, de almas que asoman; somos —cosa siniestra— sus indignos depositarios.   Ay!  ,   c  mo haremos de los niños, hombres, si no somos ya capaces de hacernos niños?

(Setiembre 15 de 1909)

Nenes patriotas

San Bernardino⁷ es una deliciosa retorta para estudiar química social. ¿Retorta? Mejor aún, portaobjetos donde se puede contemplar al microscopio el juego pueril de las razas.

Tan pueril, que lo descubro más cómodamente en los niños. Un arrapiezo brasileño, de siete años, me comunicaba ayer que pronto ingresaría a un colegio de Rio de Janeiro.

—¿Qué quieres ser cuándo seas grande?

—¡Oficial! —contestó con fuerza.

—¿Cómo, te gusta matar gente?

Sus ojos cariñosos vacilaron...

—Si me lo mandan ¡mataré!

—No, hijo mío, no hay que matar. Y si te lo mandan, no hay que obedecer. Mientras no entren en tu casa a matarte a ti, no hay necesidad de matar a nadie. ¿Quieres ser asesino?

—¡Quiero matar paraguayos! —exclamó desahogándose de un golpe.

—¿Qué te han hecho los paraguayos?

—En Asunción, sabían que yo era brasileño, y los chicos me seguían por la callen y me llamaban “macaco” y me pegaban...

Vi una lágrima rodar por su mejilla trigueña, y le consolé como se consuela a los niños, hablando de otra cosa. Recordé una escena de pocos meses atrás. Estábamos sentados en un banco de la plaza; un grupo de chiquillos alemanes se divertía bulliciosamente; he aquí que se paran, nos miran furiosos y nos increpan. ¿Qué había sucedido? ¿Entendieron mal nuestra conversación? ¿Creieron que nos burlábamos de ellos? ¿Cedieron a una ráfaga ingenua de odio? El hecho es que nos insultaron con bastante ardor,

—¡Indios!

—¡Chamacocos!

—¡Guaycurús!

Curioso: conocían de memoria todas las tribus del Chaco. Eran probablemente los únicos datos que tenían del Paraguay.

¿Qué datos tendrían de Alemania los niños paraguayos? Lo ignoro; su bagaje geográfico ha de ser más reducido todavía, porque no emplean sino un solo insulto: alemán. Y os juro que es suficiente. Para el ciudadano de

⁷ Mucunipio paraguayo ubicado a orillas del lago Ypacaraí. 40 Kilómetros al este de Asunción. Fundada por alemanes en 1881, pleno proceso de reconstrucción después de la guerra contra la Triple Alianza (1865-1870).

cualquier país, el nombre de su pueblo es en boca del enemigo la injuria suprema. Y por eso son enemigos, por ser de otro pueblo. Los nenes lo comprenden muy bien. ¡*Sancta simplicitas!* Al maestro se le adeudan aquí cuatro meses de salario, pero confiad en su heroísmo. Ni él, ni sus colegios dejaran apagarse en la república el fuego local. Los niños necesitan una enseñanza patriótica. Si los alemanes y paraguayos no se aborrecieran desde la cuna en San Bernardino ¿qué sería, oh doctores, de la dignidad de Ypacaraí?

(Junio, 14 de 1907)

Los niños tristes

Era en la plaza de un pueblo —cualquier pueblo de la campaña—. El día era hermoso; un sol radiante, una ligera brisa que refrescaba la piel acariciándola. Dieron las once y se abrieron las puertas de la escuela y salieron los niños. Los había de diversas edades: algunos hacía poco que sabían andar, otros parecían hombrecitos. Eran muchos. Iban en pequeños grupos; la mayor parte por parejas; unos pocos descarriados. Habían pasado tres horas sentados, inmóviles, mortificándose con las estupideces severas de los libros de texto. Salían silenciosos, cabizbajos. No corrían, no saltaban, no jugaban, no hacían ninguna diablura. El césped suave, amplio, no les sugería ninguna cabriola, ninguna carrera feliz de animales jóvenes. La campana de la iglesia dejaba colgar la cuerda hasta el suelo. Ninguno tocó la campana. Estaban serios. Estaban tristes.

Tristes... Y tristes todos los días. Desde aquella mañana me he fijado en los niños paraguayos, niños graves que no ríen ni lloran. ¿Habéis visto llorar a los niños dichosos? Llanto bullicioso, trompeteo potente, llanto a medias fingido, deliciosamente despótico, que adivina los exagerados mimos de la madre y los exige y sabe que triunfa y es mitad llanto y mitad carcajada, grito de salud que regocija. Me consolaría oír ese llanto en los campos, en vez de ese fúnebre silencio.

Aquí los niños no lloran: gimen o se lamentan. No ríen, sonríen. ¡Y con qué sabia expresión! La amargura de la vida ha pasado ya por esos rostros que no han empezado a vivir. Estos niños han nacido viejos. Han heredado el desdén y el escepticismo resignado de tantas generaciones defraudadas y oprimidas. Comienzan la existencia con el gesto fatigado de los que inútilmente la concluyen.

Podemos medir el abatimiento de la masa campesina, la carga inmemorial de lágrimas y de sangre que en su alma pesa, por este hecho formidable: los niños están tristes. La presión de la desdicha nacional ha destrozado el misterioso mecanismo que renueva los seres, ha mancillado y falseado el amor. Los espectros del desastre de la guerra⁸, y del desastre de la paz, la tiranía, han seguido a los amantes solitarios, y les han empañado los besos con su lúgubre sombra. Se han poseído los esposos en la desconfianza y en la ruina; no han temblado solamente de pasión. La voluptuosidad ha quedado impregnada de un recelo indestructible y aciago; la antorcha del inmortal deseo conserva reflejos de hoguera funeraria y por instantes parece símbolo de destrucción y de muerte. La obra parricida de los que esclavizaron el país ha herido la carne de la patria en lo más íntimo, vital y sagrado: en el sexo. Ha atentado a las madres, ha condenado a los hijos que aún no nacieron. ¡Cómo extrañarnos de que los niños, la flor de la raza, no abran sus pétalos a la luz y a la alegría! El árbol está desgarrado en sus mismas raíces.

¡Pobres niños inertes! Causa pena mirar sus cándidos ojos donde no hay curiosidad. No les importa el mundo. Taciturnos y pasivos como sus padres, dejan pasar las cosas que suelen ser crueles. ¿Para qué interesarse por nada? Poseen de antemano la melancólica sabiduría. Corren por sus venas inocentes algunas gotas de ese acre jugo que extraemos a la larga, por toda filosofía, de la realidad injusta. Nada han probado aún y se diría que nada esperan ya.

Un recuerdo me asalta, cada vez que pienso en los niños del pueblo. Poco antes de llegar a la aldea donde veraneo, un tren, hace quizá un año, atropelló a un niño. Las ruedas rompieron las débiles piernas y le arrancaron la cabeza del tronco. Los empleados recogieron el cadáver y lo dejaron en la plataforma de la estación. La víctima se había echado a dormir sobre los rieles, y no había oído el tren. Había tenido sueño, y tan profundo fue, tan semejante al de la muerte, que con la muerte misma se confundió. ¿O es que tal vez, al escuchar la muerte que venía, se sintió demasiado cansado, demasiado triste para despertarse?

⁸ Entre 1864 y 1870 el Paraguay vivió la peor guerra internacional en tierras suramericanas. Se batió contra Brasil Argentina y Uruguay, algunos suman a Inglaterra. El país fue arrasado. El 95% de los hombres en edad de procrear pereció. Cada 16 de agosto se conmemora el Día del Niño para recordar la injustificada Batalla de los Niños en la que murieron más de 3000 defendiendo la retirada del mariscal Francisco Solano López.

Creo ver todavía, sobre la arena caliente, el cuerpecito yerto y la lívida patita quebrada que de rodilla abajo aparecía desnuda, y los humildes pies descalzos, que no caminarían más, que pronto dormirían bajo la tierra hermana. Y al lado, la cabecita sangrienta, metida en un sombrero viejísimo, sin forma, por cuyos agujeros asomaban dos o tres bucles morenos, vivos y brillantes aún. Una mujer piadosa —la eterna Verónica— cubrió aquella miseria con un lienzo blanco y puro como la nieve. Habían avisado al jefepolítico y bajo sus órdenes cargaron los marchitos restos en un carro cualquiera. Un peón llevó la cabeza del niño en el raído sombrero. Entonces noté con espanto que al jefe le hacía gracia.

¡Oh innumerables niños tristes! Consagrémonos a hacer brotar la santa, la loca risa en sus labios rojos y nos salvaremos. Perdamos nosotros toda esperanza, con tal de que en los niños resplandezca. Evitemos que algunos se sientan en tal extremo rendidos a la pesadumbre de la fatalidad, que se duerman abandonados en medio del camino de la muerte y no la oigan venir.

(Noviembre 12 de 1907)

Los niños se mueren

“**L**os niños —dije yo una vez— se mueren a millares bajo el clima más sano del mundo”. Salieron los doctores y me dijeron que deshonoraba al Paraguay. Además se asombraron de que reconociendo yo que este clima es sano me atreviera a no deducir que la raza es sana. Además me aconsejaron que consultase los archivos. Sobre todo, eso.

Está bien, señor, compulsemos. Registro Civil de la Capital. Defunciones de hoy: Ruperto González, paraguayo de 13 días. Bernarda Viera, paraguaya de 11 meses. María Fonseca, paraguaya de 16 meses. Jovita Quintana, argentina de 8 meses. Bernardino Villalba paraguayo de 35 días. Isidro Ramos Castro, paraguayo de 5 meses. Dos fetos del sexo femenino. María Raimunda Vargas, paraguaya de 22 días.

Y ayer y anteayer y siempre, la misma fúnebre cantinela. El Registro Civil también deshonra al Paraguay.

Bronconeumonía, angina infecciosa, meningitis, enteritis, pobres entrañitas torturadas, pobre sangrecita abrasada por la fiebre. Niños que sufren y mueren sin haber vivido, niños indefensos que no deberíamos decir que mueren, sino que los hacemos morir.

Oh, las madres no tienen la culpa, Están solas, están abandonadas y lo que es peor, no saben, porque nadie las enseña.

Quieren defender a sus hijos, pero no saben cómo. Los aprietan contra su seno henchido de amor y de lágrimas y no basta, porque el amor que no es amor inteligente, amor instruido, amor armado de ciencia sucumbe en la lucha contra la salvaje realidad. Al destino no se le entenece, se le doma. Y las madres no saben y los hijos se les mueren entre las manos. Los hombres quizá saben, quizá podrían salvar a los niños, pero no tienen tiempo. Están demasiado ocupados en salvar a la patria. Y ¿desde cuándo son patria nuestros niños? Los niños no votan.

Sí, votan a su modo. Muriéndose. Votan contra la sociedad entera. Y de ese fallo es imposible apelar. Se mueren porque somos malos. Porque no somos dignos de que nos acompañen los ángeles.

(Abril 19 de 1910)



¿QUÉ HACER? EDUCARNOS Y EDUCAR.
TODO SE RESUME EN EL LIBRE EXAMEN.
¡QUE NUESTROS NIÑOS EXAMINEN LA LEY Y LA DESPRECIEN!

Rafael Barnett



La obra de Rafael Barrett está disponible en la red en casi su totalidad, así como numerosos estudios sobre ella. Destacamos los realizados por Francisco Corral Sánchez Cabezudo, especialmente *Vida y pensamiento de Rafael Barrett*, los prólogos a *El dolor paraguayo* por Augusto Roa Bastos en Biblioteca Ayacucho, el de *A partir de ahora el combate será libre* por Santiago Alba Rico, el de *Marginalia* por Miguel Ángel Fernández y el de *Cartas íntimas* por Luis Hierro Gambardella, Así como la página web de la Fundación Rafael Barrett.

Se recuerda que toda la obra de Rafael Barrett es de dominio público.

Rafael Barrett, escritor de nacimiento, periodista por casualidad y anarquista por convicción y que no tuvo tiempo de tener muchos hijos, apenas uno que casi no conoció y del que se consideraba: “Tu pobre hijito que te quiere”, escribió un montón de crónicas, ensayos, artículos de opinión y aforismos sobre la infancia y su lugar en la sociedad. vLos publicó en periódicos y revistas del Paraguay, Argentina y Uruguay entre 1904 y 1910. Niñerías de Barrett reúne parte de ese legado.

Aunque los niños de hoy crezcan en escenarios tan diferentes y ya se reconozca que el paso a la adolescencia se está verificando más temprano que antes, o sea, que se está reduciendo el tiempo de ser niño (mientras se alarga el de la vejez), y a pesar del desafío conceptual que implica un siglo de diferencia, el lector comprobará la vigencia de sus escritos. Como insuperablemente lo dijo Santiago Alba Rico, “La actualidad de Barrett es la actualidad del mal que combatió”.

Esta selección no pretende la última palabra respecto a qué tanto le interesaba la infancia al anarquista Rafael Barrett, ni privilegia su destreza literaria o periodística. En algún punto no importa el escritor, él mismo no reclamaría demasiada potestad sobre lo que escribió (ver su artículo El estilo). Pero tanto como no importa quién lo dijo sino que sea cierto, es importante que sea Barrett quien revela esos dramas de la niñez, pues, este cuadernillo que la tiene por protagonista, también es un reconocimiento a la urgencia de su obra y de su personalidad.

